

El pensamiento económico latinoamericano actual: Notas para una discusión

Benito Roitman
Enero 1987

Las presentes páginas corresponden a un reflexión sobre la situación actual del pensamiento económico latinoamericano, cuando cada país y la región en su conjunto continúan en una situación de crisis. Esta reflexión surge al constatar una extendida sensación de desconcierto entre los que podemos llamarnos testigos comprometidos frente a los derroteros a seguir para encontrar nuevas interpretaciones para los fenómenos económicos y cuando constatamos, cada vez en mayor número, la insuficiencia de los modelos que nutrieron hasta no hace mucho nuestras convicciones.

Un solo ejemplo bastaría quizá para ilustrar esta sensación de desconcierto: la discusión sobre alternativas viables para la región es un tema que nos convoca a todos. Pero ¿cuáles alternativas están siendo seriamente planteadas?, ¿en qué dirección apuntan?, ¿para alcanzar qué tipo de objetivos? Los planteamientos derivados de este desasosiego son necesariamente incompletos y están sujetos a ser rebatidos en todos sus términos. Creo sin embargo, que por lo menos, tienen la virtud de presentar una serie de cuestiones que no se sistematizan suficientemente.

Por supuesto, sería necesario comenzar por un acuerdo general sobre lo que llamamos pensamiento económico latinoamericano. A los efectos de estas notas, quisiera proponer una caracterización del siguiente tenor: el pensamiento económico latinoamericano corresponde a un conjunto coherente —y razonablemente probado de acuerdo a las hipótesis postuladas— de interpretaciones y de modelos explicativos de la evolución y del funcionamiento de la economía, en las condiciones de los países de la región. Con esa caracterización quiero resaltar sobre todo la idea de un pensamiento económico que no está confinado a una sola escuela o corriente; por el contrario, abarca diferentes y hasta contradictorias interpretaciones teóricas de los fenómenos económicos en América Latina.

A partir de esta caracterización utilicemos una clasificación tradicional que divide, en términos de escuelas, el pensamiento económico latinoamericano:

— el pensamiento neoclásico;

— el pensamiento estructuralista;
— el pensamiento socialista.

En muchos casos, las diferencias internas dentro de cada una de esas corrientes son importantes: sin embargo existen bases comunes que permiten agrupar de manera más o menos organizada, diferentes corrientes o sub-escuelas bajo alguna de esas tres caracterizaciones.

No cabe duda de que cada una de estas escuelas de pensamiento económico latinoamericano formaron cuadros, se influenciaron mutuamente (y en esto cabe destacar especialmente las influencias recíprocas entre el estructuralismo y el socialismo) y además —lo que es un punto de no escasa importancia— inspiraron un rico pensamiento social. Baste sólo recordar las interpretaciones sobre marginalidad, sobre la aplicabilidad del concepto del ejército industrial de reserva a la situación laboral de la región, los debates sobre el campesinado, los estudios sobre el empresariado nacional, las polémicas sobre el populismo, temas todos ellos que fueron inspirados en gran medida por la discusión económica general de la región en los últimos veinte o treinta años.

La posible deformación que surge de comparar lo que conocemos e interpretamos del panorama actual con una visión en perspectiva del pensamiento económico latinoamericano lleva a destacar la activa generación de propuestas económicas durante los años 50 y 60 que rescataban los particularismos de los procesos económicos de la región. En este sentido, es especialmente notoria la vitalidad que mostró el pensamiento estructuralista en esos períodos, considerando durante largo tiempo como pensamiento herético por los economistas académicos pero aceptado finalmente como una concepción propia de América Latina. Es preciso señalar también que los enfoques económicos conservadores mantuvieron una vigencia que se expresó fuertemente durante los esquemas de estabilización que proliferaron en la década de los 60 y, remozados como escuela monetarista, caracterizaron gran parte del panorama regional durante los 70 (en ancas de las dic-

taduras militares que, especialmente en el Cono Sur, marcaron el ambiente de esa década). En cuanto a las vertientes del pensamiento socialista, el triunfo de la revolución cubana y el profundo cambio de sistemas que la acompañó, abrieron perspectivas de transformación que incidieron en la discusión y en la reformulación de planteamientos económicos, desde las teorizaciones sobre la dependencia (como contrapunto dialéctico con el estructuralismo cepalino) hasta las elaboraciones vinculadas al proceso de reformas que se iniciaron en Perú a partir de 1968 y las discusiones sobre la transición al socialismo —y sus diversas formas alternativas— que se desarrollaron durante el gobierno de la Unidad Popular en Chile.

En una síntesis muy apretada del pensamiento económico latinoamericano en el pasado reciente, se podría hablar del surgimiento y afianzamiento de una corriente central —el estructuralismo— flanqueada por la derecha y por la izquierda por escuelas cuyo punto de referencia era precisamente la crítica —desde sus respectivas posiciones— a los postulados y a las propuestas de esa corriente. En este marco, el calificativo de central atribuido al pensamiento estructuralista no es un juicio de valor, sino que se deriva del amplio margen de aceptación y de incorporación de sus planteamientos en las políticas económicas de la región durante gran parte del período de posguerra.

¿Qué sucede hoy día? Si fuera posible mantener una clasificación esquemática de las escuelas de pensamiento económico latinoamericano como la presentada más arriba, la situación actual mostraría sensibles diferencias con el pasado reciente.

En el área neoclásica, y englobo dentro de ella a todas aquellas corrientes que se pueden tildar de neoliberales, monetaristas, neomonetaristas, la última novedad producida —que ya tiene más de una década— ha sido el enfoque monetario de la balanza de pagos y la aplicación de este enfoque en la política económica, así como las interpretaciones teóricas que fueron desarrollándose antes, durante y después de esta aplicación. A partir de ello, ese pensamiento no ha aportado elementos novedosos propios que pudieran hablar de una revitalización o de un florecimiento doctrinario de esa escuela, que continúa elogiando las virtudes del mercado en un mundo donde la competencia real, si se alcanza, es producto de las regulaciones del Estado. Sin embargo, es preciso reconocer una importante deuda de gratitud con esa corriente. El desafío teórico planteado por estas escuelas en su momento y potenciado por su aplicación a través de la política económica que se ejerció en gran número de países de la región, obligó a reconsiderar en profundidad el funcionamiento del sistema monetario y financiero, que durante largo tiempo había sido dejado de lado

por una multitud de economistas formados en las otras escuelas de pensamiento, volcadas más hacia los aspectos reales del aparato económico.

El pensamiento estructuralista, que tanto debe a la CEPAL, parece haber perdido gran parte de su vitalidad. Sus interpretaciones centrales actuales no son esencialmente distintas de las que en su momento sirvieron para modificar toda la visión del funcionamiento económico de la región y para diseñar y poner en práctica políticas y estrategias de crecimiento económico. Y no se trata de buscar originalidad por la originalidad misma, sino de constatar la insatisfacción que muchas veces se expresa sobre la insuficiencia actual de sus interpretaciones. Sin ir más lejos, quisiera llamar la atención sobre un punto que concita hoy en día una enorme discusión: el problema de la disponibilidad de ahorro interno. Del casi dogma de la insuficiencia del mismo y por lo tanto de la necesidad de lograr capitales externos para impulsar el crecimiento a través del aumento acelerado de la inversión, se vuelve a plantear hoy que el ahorro interno, según como se promueva su transformación de variable potencial a real, puede ser el elemento dinamizador central del desarrollo de los países de la región. La revaluación positiva del modelo “de las dos brechas”, adoptado a las actuales circunstancias de restricciones de crédito externo y de proteccionismo comercial en los países industrializados, es un ejemplo de nuevas avenidas a explorar por el pensamiento estructuralista. Y para mostrarla, ahí están los últimos trabajos de Raúl Prebisch, revisando sus propias concepciones.

Por su parte, el pensamiento socialista tampoco ha mostrado avances, más allá de una repetición de interpretaciones tradicionales que para muchos aparecen como esquemas congelados en el tiempo. Es importante señalar que me refiero al pensamiento económico socialista en el marco del sistema capitalista periférico, que caracteriza a la mayor parte de los países latinoamericanos. En este contexto, los aportes frescos de este pensamiento deberían surgir quizás de nuevos desarrollos basados en una reflexión sobre las relaciones de producción que se están gestando en la región, a la luz de los choques tecnológicos actuales y del predominio del capital financiero, que están potenciando —en una dimensión desconocida hasta el momento— el dualismo en la fuerza de trabajo interna y en las formas de vinculación de los países de la región con el sistema capitalista mundial.

De todos modos, la impresión general que se recoge —y ojalá ello sea sólo producto de una miopía histórica que impide apreciar cambios significativos— es que no se ha logrado trascender los modelos de interpretación del pasado reciente, que aparecen como insuficientes frente a los problemas actuales y, a la luz

de éstos últimos, frente a los problemas estructurales de las economías latinoamericanas. No está claro si esta insuficiencia parte de la situación misma de crisis en que nos encontramos, que requiere con urgencia y quizás con angustia la formulación de nuevas interpretaciones aptas para ser convertidas en acciones en el campo de la política económica, o se trata de algo más profundo que arranca del agotamiento de los modelos de desarrollo seguidos, sobre lo cual existe casi consenso. Pero ¿estamos seguros de que ese agotamiento significa lo mismo para todas las escuelas posibles de pensamiento económico? ¿Se trata de que se ha alcanzado un nivel de desarrollo de fuerzas productivas que requiere nuevas instancias y patrones de acumulación, o corresponde este agotamiento al resultado de fallas en la profundización y en la aplicación del modelo y no en la dirección que el modelo mismo señalaba?

Los planteamientos de cuestiones de esta naturaleza son justamente los que hasta ahora no encuentran respuesta, creando desconcierto frente a la aparente carencia de marcos de pensamiento que permitan avanzar sólidamente en la interpretación —y de ahí la transformación— de nuestras realidades económicas. Y pasar del desconcierto al desaliento y de ahí a una revisión conservadora de nuestro propio pensamiento, es un salto desgraciadamente fácil. Ejemplos de ello sobran. Al influjo de la tremenda presión de los medios de comunicación y del ambiente general creado alrededor de las situaciones reales de crisis y de estancamiento, se han ido abriendo paso formas de desvalorización del papel del Estado en el proceso económico, a través de una manipulación inteligente de medias verdades sobre la ineficiencia productiva del Estado. La apertura de la economía se analiza más en términos de las virtudes de la competencia que como mantenedora de rezagos en la estructura productiva de los países; el equilibrio fiscal es ya en la mente de muchos una meta por sí, no un instrumento cuya utilidad debe medirse en función de los objetivos que con él se quisieran alcanzar.

De hecho estos pocos ejemplos de la "internalización" de los planteamientos ideológicos de una corriente de pensamiento en el conjunto de la sociedad están indicando lo que a mi juicio es un cambio importante en las posiciones de las escuelas de pensamiento económico latinoamericano. Así como señalaba antes que en el pasado reciente el estructuralismo se constituyó como corriente central, animadora de gran parte de las políticas económicas en la región, esta posición está siendo ocupada desde hace un tiempo por las escuelas neo-clásicas. Ello se debe en buena medida a la presencia de organismos como el Fondo Monetario Internacional, cuya influencia en la políti-

ca económica de muchos países se ha visto facilitada, desde el exterior, por la presión de la banca internacional acreedora y de los países sede de esa banca.

Sin embargo, lo anterior estaría minimizando los desarrollos que están teniendo lugar en diversos ámbitos de pensamiento y que podrían estar señalando el camino de una nueva creatividad en el pensamiento económico latinoamericano durante y a raíz de la crisis. Es cierto que nos falta aún perspectiva para evaluar esos cambios, aunque se señala ya la emergencia de lo que ha dado en llamarse un neo-estructuralismo, a partir de las bases que sustentan a los acuerdos de Cartagena y la declaración de Montevideo y que abarcaría inclusive a los denominados enfoques heterodoxos sobre la inflación.

Aportes temáticos puntuales pueden estar constituyéndose hoy en el germen o en el núcleo de nuevos desarrollos más amplios mañana. En este sentido, parecen particularmente significativos los avances que se vienen realizando en ciertas áreas, como las vinculadas a la nueva interpretación de los procesos inflacionarios y a su relación con los salarios, el gasto público, la demanda agregada y la velocidad de reacción de la oferta. Las discusiones sobre la deuda externa han introducido puntos frescos y nuevos en las interpretaciones vigentes sobre los funcionamientos internos e internacionales de los sistemas financieros. Lo mismo sucede con el desarrollo de estudios e investigaciones —y por lo tanto de conocimientos— sobre las orientaciones que está tomando el sistema monetario internacional. Algo similar sucede con respecto al tema de empleo, donde se han revelado interpretaciones cada vez más alejadas de la ortodoxia sobre los fenómenos de la subocupación y la informalidad; estas interpretaciones están llevando a revisar el conocimiento aceptado sobre la formación de salarios. No son desdeñables tampoco las investigaciones que se están realizando sobre la inserción internacional de nuestras economías, a la luz de los nuevos planteos que se vienen haciendo en el sistema económico internacional y de la revalorización de los procesos de sustitución de importaciones competitivas.

No es la intención de estas notas puntualizar todos los temas en los cuales pueden desarrollarse nuevas interpretaciones. Sin embargo, lo que continúa siendo aparente es que no se han logrado conformar todavía cuerpos coherentes en cualquiera de las líneas de pensamiento económico latinoamericano que señalábamos al principio. ¿Sería demasiado presuntuoso hablar de la carencia de nuevos paradigmas?

Pero quizá estemos más cerca de lo que creemos para alcanzar estos cuerpos coherentes de interpretación. Para poder evaluar esto, con el debido reconocimiento a la carencia de perspectiva que se señalaba

más arriba, es preciso mencionar los ámbitos de formulación del pensamiento económico latinoamericano. Existe una tendencia a identificar formulación de pensamiento con actividad de investigación, lo que conduce naturalmente a pensar en el quehacer universitario. Ello es cierto y no es en absoluto desdeñable; pero la experiencia latinoamericana señala por lo menos otros dos ámbitos de creación y formulación de pensamiento económico; por un lado, los organismos regionales como la CEPAL, la Junta Andina, la Secretaría del Mercado Común Centroamericano, el SELA, etcétera; por otra parte, la propia acción pública en el ámbito de la política económica lleva a mantener un diálogo fecundo entre teoría y realidad, más allá de las adhesiones a diferentes escuelas o líneas de pensamiento.

Mi impresión personal es que este último ámbito ha sido especialmente fértil —al menos en el desarrollo de ciertas líneas de pensamiento— en los últimos años, justamente en medio de la crisis o quizá, en gran parte, debido a ella. Es probable que, debido justamente a la persistencia de la crisis, sea poco visible ese esfuerzo de pensamiento, porque se estaría desarrollando “en el calor de la lucha”. Es decir, para poder realizarse como parte de un cuerpo coherente de pensamiento ese esfuerzo debería decantarse en una reflexión, lo que quizás sería el caso —como se ha dicho tantas veces— del origen de las concepciones de la CEPAL, construidas a la luz de la observación, la racionalización y la teorización de lo que venía sucediendo en los países de América Latina en su época.

Sin embargo, estoy convencido de la necesidad de que las universidades y los centros de investigación dirijan nuevamente el proceso de formulación del pensamiento económico latinoamericano, sin descartar ese continuo entrar y salir de los trabajadores intelectuales en las áreas de política económica de los países y de los organismos regionales, enriqueciendo el pensamiento académico con los resultados de la acción y fortaleciendo la gestión con la base teórica que da el pensamiento académico. Pero este nuevo proceso de liderazgo que se propone para las universidades y centros de investigación tiene como contrapartida los problemas de financiamiento que son inherentes a estas tareas. ¿Cómo compatibilizar la libertad académica con las orientaciones que de manera implícita y sutil en algunos casos, de manera francamente explícita en otros, van relacionadas con el financiamiento de áreas de investigación? No creo que pueda establecerse ninguna regla general sobre esto; sólo quiero mencionar este tema porque resulta vital en el momento en que se quiera manejar la construcción de un pensamiento, en cualquiera de las líneas que sea, lo más libre posible.

Dicho lo anterior, plantear la construcción de una agenda en materia de áreas prioritarias de investigación económica aparece como una contradicción, ya que implicaría acotar esa libertad a la que se hace referencia. Por otra parte, es indudable que, siendo la investigación un producto social, su orientación estaría dada por los requerimientos, urgencias e intereses de la propia sociedad, sin que esto signifique minimizar el riesgo de incorporar temáticas dictadas más por “modas” o por presiones externas que por necesidades reales.

Sin embargo es difícil resistirse a la tentación de mencionar algunos grandes temas que estarían teniendo a convertirse, por obsolescencia en términos de uso, en artefactos de museo. Me refiero entre otras cosas, a la necesidad de visitar la teoría del desarrollo y dentro de ella utilizar los nuevos instrumentos que la ciencia económica va incorporando a su arsenal, para la reinterpretación de nuestra historia y para ayudar a construir el futuro. En este marco, es imperativo recuperar la concepción de la economía política, entendida como actividad intelectual que busca comprender cómo opera una economía, hacer propuestas para mejorarla y justificar los criterios utilizados para juzgar las mejoras.* En último término, ello no es más que continuar la brega por integrar el pensamiento económico dentro del encuadre más amplio del pensamiento social.

Es también imperativo reabrir el debate sobre los instrumentos del desarrollo y, en particular, sobre la planificación, ese gran monstruo para algunos y ese gran instrumento mal utilizado —y quizá mal definido— para otros. En realidad, este debate se inscribe dentro de un tema mayor, que lo abarca pero también lo trasciende. Se trata de sistematizar la discusión sobre el papel del Estado en la economía, discusión que debe desglosarse en lo posible de los contenidos ideológicos de uno y otro signo, que dificultan un enfoque pragmático, que incorpore las realidades y las peculiaridades de las sociedades latinoamericanas.

* J. Robinson y J. Eaton: *Introducción a la economía moderna*. FCE, México, 1976.